

En las décadas de 1960 y 1970, los científicos empezaron a investigar en la naturaleza de la adicción. Con modelos animales, intentaron recrear y cuantificar el ansia o deseo de consumir, la tolerancia y el síndrome de abstinencia. Algunos de los experimentos más extraños consistieron en inyectar LSD a un elefante con una escopeta de dardos y en administrar barbitúricos a gatos directamente en el estómago por medio de un catéter. Sólo con cocaína, todavía hoy se llevan a cabo más de quinientos experimentos al año, unos en monos sujetos a sillas con correas, otros en ratas, cuyo sistema nervioso, tan semejante al nuestro, al parecer, las convierte en sujetos razonables para el estudio de la adicción. Prácticamente todos los experimentos sobre la adicción realizados con animales parten de la noción de que determinadas sustancias son irresistibles, y a esa misma conclusión llegan esgrimiendo como prueba que los animales terminan autoadministrándose la neurotoxina por voluntad propia hasta morir. No obstante, Bruce Alexander y sus colegas investigadores Robert Coombs y Patricia Hadaway decidieron en 1981 poner a prueba la premisa fundamental de la adicción en la experimentación clásica con animales. La hipótesis de partida: atar a un mono a una silla durante días y días y darle la posibilidad de apretar un botón para aliviarse no dice nada respecto a la fuerza de las drogas, pero lo dice todo respecto a las ataduras sociales, físicas y psicológicas. Se propusieron someter a prueba a los animales en un entorno verdaderamente favorable y comprobar si el resultado seguía siendo, inevitablemente, la adicción. En tal caso, las drogas merecerían la demonización. En caso contrario, quizá, insinuaban los investigadores, el problema no fuera químico sino cultural.

Conozco a una yonqui, se llama Emma. A sus sesenta y tres años, es tutora de ciencias en una pequeña facultad de Nueva Inglaterra y se viste con mucho estilo incluso cuando no está en el despacho; hoy lleva pantalones de lino y un pañuelo de color burdeos. Hace unos meses, a Emma le pasó algo en la espalda. Las vértebras, que encajan unas en otras como piezas de Lego, empezaron a aflojarse y a desplazarse. Para aliviar la presión, se sometió al bisturí y volvió en sí con una costura quirúrgica y un frasco marrón de Oxycontin, un parche medicinal que la transportaba a un lugar sin dolor.

El opio, llamado en días pasados ancla sagrada de la vida, planta de la felicidad y leche del paraíso, es el remedio del que los médicos clásicos griegos dijeron que curaba «el dolor de cabeza crónico, la epilepsia, la apoplejía, la dificultad respiratoria, el cólico, la pasión iliaca, el endurecimiento del bazo, los cálculos, los males que sufren las mujeres, la melancolía y toda manifestación de peste». El opio es una curiosa sustancia que se extrae de las larguiruchas amapolas opiáceas, con su saco testicular lleno de semillas; en Inglaterra, en el siglo XIX, cuando las mujeres amantaban, se preparaban una infusión de semillas de amapola, se la tomaban y, así, los niños inquietos se tranquilizaban. El opio, posible precursor del Ritalin [Rubifen en España], fue el primer psicotrópico; se vendía en las neblinosas calles londinenses con reclamos como «Tranquilidad para el niño» y «Jarabe calmante de la señora Winslow».

Sin embargo, para Emma Lowry, esa droga es otra cosa muy distinta. La cirugía le curó los huesos dañados de la espalda pero la dejó con «una dependencia terrible. Nunca había pensado mucho en las drogas, nunca me habían interesado gran cosa, ni en un sentido ni en otro, pero te aseguro que ya no podré ver una amapola y pensar que es bonita... nunca más», dice, cuando voy a verla a su casa, un edificio contemporáneo con placas solares y altas paredes blancas. Hoy, Emma lee un

libro de George Eliot, habla por teléfono con sus empleados de trámites de contratación y, entre una cosa y otra, me cuenta su caso. En realidad, no hace falta que me lo cuente. Lo veo en el temblor de su cuerpo, dos horas después de la última dosis; saca dos pastillas del frasco y se las pone en la lengua. Al parecer, no podría prescindir de ellas en la misma medida en que una planta no podría negarse al sol hacia el que se orienta.

El caso de Emma es común e innegable. Aunque nuestros predecesores pensarán que el opio era un elixir maravilloso, ahora sabemos que no, después de tantas agujas despuntadas a fuerza de compartirlas, de tantas cavidades nasales destrozadas. Sabemos que las drogas crean adicción. Si uno se inyecta heroína el tiempo suficiente, termina por aficionarse. Si se fuma crack, va uno a toda velocidad, se estremece, y después quiere más. Así lo pensamos porque así nos lo han repetido muchas veces los medios de comunicación y el estamento sanitario, basándose en los escáneres PET, que muestran el cerebro intensamente rojo de ansiedad.

Y, con todo, al final resulta que es una construcción cultural. Así nos lo diría Bruce Alexander, doctor en psicología afincado en Vancouver (Columbia Británica). Alexander se ha pasado la vida estudiando la naturaleza de la adicción y ha llegado a la conclusión de que no depende en absoluto de la farmacología de la droga, sino de la compleja urdimbre de las sociedades que no ofrecen apoyo. Según Alexander, no existe un elemento químico que *produzca* la adicción, como por ejemplo el carbunco produce daño pulmonar. Según su idea, la adicción no es un hecho, sino un «cuento» pobremente tramado, además. Por lo tanto, duda mucho de casos como los de Emma Lowry, los conversos de Alcohólicos Anónimos o la investigación de E. M. Jellinek, que fue el primer médico que trató el alcoholismo como enfermedad, en la década de 1960, así como otra posterior hecha por James Olds y Peter Milner,

en la que constataron que los animales enjaulados preferían la cocaína a la comida hasta el punto de morir de hambre, roedores en los huesos. Alexander, por el contrario, hace dos afirmaciones contundentes. Primera: ninguna droga contiene nada inherentemente «adictivo». Segunda: el contacto repetido, incluso con las drogas más seductoras, no suele crear problemas.

Dice Alexander: «La inmensa mayoría de la gente recurrirá incluso a las sustancias más adictivas y quizá las consuma varias veces, pero NO existe progresión inexorable hasta el infierno».

Quizá la historia demuestre que tiene razón. Antes del movimiento por la moderación*, cuando el opio era legal, el nivel de adicción se mantenía en el uno por ciento de la población. A pesar de los casos como el de Emma Lowry, Alexander puede enumerar estudios que apoyan su perspectiva con la facilidad de músicos tocando escalas, dueños absolutos de las teclas. Por ejemplo, el estudio de hace quince años, en el que se demostró que la inmensa mayoría de los pacientes hospitalizados a quienes se administraban sistemáticamente dosis altas de morfina podían dejarla sin dificultad tan pronto como el dolor remitía; también la encuesta domiciliaria de Ontario, según la cual, el 95 por ciento de los habitantes que consumen cocaína la toma menos de una vez al mes. En otro estudio hecho en San Francisco, en el que se siguió a veintisiete consumidores habituales de cocaína durante un período de once años, ninguno de ellos perdió su empleo bien remunerado; sólo uno, a lo largo de la década, se convirtió en consumidor compulsivo. Once de ellos declararon que en algún momento habían consumido la droga adictiva a diario pero después

* Movimiento social por la moderación en el consumo de bebidas alcohólicas. En Estados Unidos, nació a principios del siglo XIX y culminó con la Ley Seca, a principios del siglo XX.

habían dejado de hacerlo. De esos once, siete habían reducido el consumo de siete gramos a tres. Alexander suele citar con frecuencia la guerra del Vietnam como experimento espontáneo de drogadicción; el 90 por ciento de los hombres que se hicieron «adictos» a la heroína en el campo de batalla dejaron de consumirla en cuanto volvieron a casa, lo dejaron sin más, tranquilamente, y no volvieron a consumirla compulsivamente. Por último, existe un estudio excelente sobre el crack, un estudio realizado en 1990 con estadounidenses jóvenes, según el cual, el 5,1 por ciento había probado el crack una vez en la vida, pero sólo el 0,4 por ciento lo había consumido en el mes en que se hizo la encuesta, y menos del 0,05 por ciento lo había consumido veinte veces o más en ese mismo período. «Por lo tanto —me dice Alexander con voz ronca— parece que la droga más adictiva de la tierra no produce adicción persistente en más de un consumidor de cada cien.»

Podríamos continuar. Se han hecho más estudios que demuestran sus teorías y a Alexander le gusta hablar de ellos. Lo que le gusta en realidad es discutir y despotricar. Habla con voz suave y un leve acento británico, creo, pero también con un toque impulsivo, con los ojos grandes y como alucinados tras las gafas ovaladas y apretándose las manos entrelazadas cuando quiere demostrar alguna cuestión.

—¿Usted toma alguna droga? —le pregunto, porque, en momentos, me da la impresión de que sí.

—Tomo ácido en compañía de algunos amigos —responde—. No lo tomo por costumbre, pero me ha dado ocasión de profundizar en la comprensión de mí mismo —hace una pausa. Yo espero—. Una vez —dice— tomé LSD y tuve la sensación de que estaba en la boca de un dragón y, cuando miré hacia abajo, tenía la mitad inferior del cuerpo en la boca de otra bestia, y me dije: «Muy bien. Ahora me tumbo y me dejo morir». Y así lo hice. Fue como si el corazón dejara de latir. No sabía luchar

contra monstruos. En cuanto dejé de resistirme, los monstruos se convirtieron en un lecho de flores amarillas y yo me alejé flotando. Desde entonces, he dejado de temer el momento de la muerte.

—¿Cuánto hace de eso? —le preguntó.

—Unos veinticinco años —me dice.

Bien, me parece que la anécdota es propaganda positiva para el ácido. No sólo abre las puertas del budismo con más facilidad que el *koan* más sencillo, sino que además dura y lo resuelve prácticamente todo, por lo visto.

Lo miro con cautela. Como psicóloga, he trabajado en instituciones dedicadas al abuso de las drogas y he visto en directo los fuertes efectos de la química del ansia. Tildaría a Alexander de puro propagandista, si no fuera por el siguiente hecho, fascinante y delicioso: Alexander habla con los hechos en la mano, los hechos de sus propios e ingeniosos experimentos, que demuestran sus teorías y confirman los estudios que tanto le gusta citar. Podemos resistirnos a él o acercarnos en tal aspecto, tal otro y tal otro, hasta llegar a un lugar extraño donde las presuposiciones mueren y dan paso a un terreno despejado en el que crecen flores raras e inesperadas.

Bruce Alexander se crió en una casa «roja, blanca y azul». Su padre, oficial del ejército y después ingeniero de la General Electric, pasó los últimos años de su vida insistiendo en que lo llamaran coronel Alexander. A los diecinueve años, su hijo, que, a juzgar por las fotografías era un hombre guapísimo que debía romper muchos corazones, se casó con una mujer guapísima que debía romper muchos corazones; juntos se instalaron en una pequeña ciudad llamada Oxford, en Ohio. Solía hacer frío en Oxford, y el Ohio, gris apagado, atravesaba a cuchillo los floridos maizales. El matrimonio se enfrió rápidamente. Alexander estudiaba psicología en la Universidad de Miami cuando vio las

famosas cintas de los monos de Harry Harlow. «Pensé que estaba ante un hombre que estudiaba la naturaleza del amor y como yo no era afortunado en amores, me dije que tenía que llegar a ser mi mentor.» Y así fue. Escribió una carta a Harlow, en la cual lo invitó a terminar la licenciatura y el doctorado en Madison. Alexander acudió con grandes esperanzas de aprender algo, o todo, sobre vínculos que atan.

Viajó, pues, por el país y se trasladó de un estado frío a otro más frío aún, aunque en aquel momento no lo sabía. Llegó al laboratorio de Harlow e inmediatamente fue asignado a los experimentos de privación de la madre, donde tenía que tomar nota de las veces diarias que una mona huérfana moría o maltrataba a sus crías.

—Era un borracho empedernido —dice Alexander—, siempre estaba bebido, siempre. Yo me preguntaba qué arrastraría a un hombre a ausentarse del mundo de esa forma. Pensaba mucho en ello. Llegué a su laboratorio porque quería estudiar el amor, pero acabé interesándome por la adicción.

Estalló la guerra del Vietnam. Alexander, ya divorciado, dejó a su mujer y a sus dos hijos en edad preescolar y se marchó al Canadá porque «me radicalicé. No podía seguir viviendo en el país». Al otro lado de la frontera, firmó un contrato de profesor adjunto en la Simon Fraser University, y quiso la fortuna que el departamento de psicología le adjudicara un curso sobre la adicción a la heroína, tema que apenas conocía. Trabajó de interno en una clínica de Vancouver que trataba el abuso de drogas y allí empezó a pensar por primera vez en la adicción de una forma claramente no farmacológica.

—Me acuerdo sobre todo de un paciente. Le habían dado trabajo de Papá Noel para la campaña de Navidad en unas galerías comerciales. No podía desempeñar su papel sin haberse inyectado una buena dosis. Se pinchaba, se ponía el disfraz rojo de Papá Noel y las botas negras de plástico y se

pasaba seis horas seguidas sonriendo. Entonces empecé a pensar que las teorías del momento sobre el abuso de drogas no eran correctas, que la gente se drogaba no porque farmacológicamente TUVIERA necesidad, sino porque la sustancia era una forma válida de adaptarse a circunstancias adversas.

Ese planteamiento violaba las teorías del momento y va a contrapelo de las actuales, a pesar de que los investigadores contemporáneos, en principio, suelen estar muy de acuerdo con la importancia de otros «factores complejos». Cuando se lee suficiente bibliografía convencional contemporánea sobre el abuso de drogas, en seguida se pone de manifiesto que toda ella empieza reconociendo la importancia del entorno, pero después se decanta a toda velocidad por la inevitable marcha, a formación cerrada, de los torrentes de química y electricidad que caen sobre el cerebro humano, el corazón de Harlow. Ya en la década de 1950, se llevaron a cabo muchas investigaciones convincentes sobre los mecanismos psicológicos de la adicción, investigaciones que dominaron el panorama entonces igual que hoy. En la Universidad de McGill, en 1954, dos jóvenes psicólogos, James Olds y Peter Milner, descubrieron que una rata blanca de laboratorio aprende a apretar monomaniáticamente una palanca que le proporciona estímulos cerebrales eléctricos en la zona considerada «centro de la recompensa». Algunos científicos como M.A. Bozarth y R.A. Wise llevaron a cabo variaciones del experimento original de Olds y Milner en las que crearon en los animales adicción a un catéter de aminorinyección que les permitía drogarse cuanto querían al tiempo que dejaban de alimentarse hasta morir. Dichos experimentos terminaban literalmente en los huesos: huesos, una frágil rejilla, tubos blancos, bigotes. En otra serie de experimentos, se premiaba con dosis de opio a las ratas que se decidían a cruzar un campo electrificado recibiendo varias descargas en las patas. Ahora, una breve digresión para recordar la anatomi-

mía de las extremidades de la rata. A pesar de su tacto correo, de su aspecto endurecido y agrietado, la extremidad de este animal tiene prácticamente tantas terminaciones nerviosas como el glándula, es pura sensibilidad envuelta en rosa. Y, a pesar de todo, los roedores cruzaban el campo electrificado encogiéndose, chillando, hasta desplomarse en el otro lado y tomar la dosis sorbiendo por una pajita.

Bien, eran pruebas convincentes de la fuerza farmacológica de determinadas sustancias, ¿no es cierto? Eran pruebas convincentes de que la adicción es psicológicamente inevitable. A fin de cuentas, los experimentos podían repetirse con monos y se encontraban correlatos humanos por todas partes, deambulando por las calles pobres del centro de la ciudad, revolviendo en las basuras... Sin embargo, a Alexander no le convenció lo que leyó sobre la investigación. Siguió el trabajo de los psicólogos Olds y Milner, que se estaban haciendo muy famosos; en realidad, quizá no deberían ser personajes secundarios de este capítulo, sino los protagonistas, pues Alexander era prácticamente desconocido. Olds y Milner se plantearon localizar los «centros del placer» del cerebro partiendo de la hipótesis de que se encontraban en la formación subreticular. Abrieron la cabeza a uno o dos roedores, implantaron pequeños electrodos en algunas zonas del cerebro, del tamaño de un guisante, y los fijaron primero con cola dental y después, para mayor estabilidad, con diminutos tornillos de joyería; después, dieron un paso atrás y se dispusieron a observar los acontecimientos. Esto fue lo que sucedió: parecía que a las ratas les gustaban muchísimo los pequeños chisporroteos corticales. Un electrodosituado infinitesimalmente a la derecha hizo que el animal se convirtiera en un ser increíblemente dócil; otro, situado un poquito a la izquierda, le hacía jadear de placer prácticamente; un poquito más abajo, y se lamía los genitales hasta dejarse los completamente lustrosos; un poquito más arriba, y el apetito-

to se explayaba expansivamente. Olds y Milner tenían la hipótesis de que había zonas de placer en todo el cerebro, y lo demostraron mediante las ratas que, cuando podían autoestimularse presionando una palanca que transmitía una pulsación al cerebro, la presionaban hasta seiscientas veces por hora si el electrodo estaba fijado en el punto justo.

Al parecer, «el punto justo» se encontraba en el llamado haz prosencefálico medial. Olds proclamó con orgullo que ése era el centro del placer. Fui a ver ese haz personalmente porque, en fin, es difícil resistirse al placer. Un amigo que trabaja con ratas en un laboratorio me presentó a otro amigo que trabaja con ratas en un laboratorio y tuve ocasión de ver retirar las meninges de un animal «sacrificado», que dejaron al descubierto las circunvoluciones y pliegues de la cognición y la voluntad y unos ovillos y cabos sueltos de color gris, la urdimbre del placer: sorprendentemente monótona.

Entre tanto, Alexander aconsejaba a sus heroínómanos, casi todos sucios, pobres y desafectos. El investigador se preguntaba por qué sólo algunos consumidores se convertían en adictos, si el centro del placer se estimula tan fácilmente mediante agentes farmacológicos, si nos dejamos ganar tan fácilmente. No hay duda de que todos poseemos un haz prosencefálico medial, delicioso pero tristemente feúco. Alexander sabía lo que no tenían en cuenta los demás investigadores en aquel momento, en las décadas de 1960 y 1970, cuando muchas revistas publicaban en portada el país del placer recién descubierto, el cerebro en alto sobre el tallo azul de la médula. Alexander sabía que en los «hechos» fisiológicos hay complicados conjuntos de circunstancias emocionales y sociales; la farmacología está relacionada con la suerte y el tiempo climático, con las coincidencias y las subidas de salario, con las barbas blancas y los regalos de plástico. Lo sabía, pero no tenía pruebas para demostrarlo. Necesitaba pruebas.

Varios grupos de psicólogos y farmacéuticos empezaron a elaborar hipótesis sobre la naturaleza de la drogadicción basándose en el hallazgo del centro del placer. Quizá las drogas sean una especie de electrodos químicos. Estimulan ese haz prosencefálico medial, que está aletargado, y producen en él un ansia cada vez mayor, de la misma forma que rascarse la picadura de un insecto sólo hace que el picor aumente.

Ésta es la explicación sencilla, pero no resulta muy específica ni científica. En el terreno de la farmacología, los investigadores empezaron a hablar de una historia interesante. Todos tenemos en la cabeza una pequeña fábrica de fármacos. Tenemos endorfinas, que son exactamente como los opiáceos, los analgésicos naturales del cuerpo; tenemos dopamina, tenemos serotonina —todos sabemos lo que es—, una droga de calma y razonamiento; pues bien, el cuerpo, abandonado a sus propios recursos, elabora esos pequeños viales medicinales en cantidades moderadas que nos ayudan a superar los malos tragos. Sin embargo, cuando empezamos a importar de países extranjeros, por así decirlo, e introducimos, por ejemplo, droga mexicana en nuestro equilibrado caudal sanguíneo, o crack chileno humeante todavía en el cuenco, el cuerpo piensa: «Muy bien, entonces yo ahora me tomo un descanso». Dejamos de producir nuestras propias drogas naturales y confiamos en la fuente externa, una especie de batiburrillo de política económica de exteriores que, al final, nos deja exhaustos, sin recursos propios. Es decir, el cuerpo se nos adapta al aporte sintético y deja de producir sus propias sustancias. En la terminología de moda, se denomina «modelo neuroadaptativo», y plantea una vez más que las drogas nos desbaratan inevitablemente el sistema homeostático hasta el punto de obligarnos a cruzar fronteras lejanas.

—Pero —dice Alexander— pongamos por ejemplo la hipótesis del agotamiento de la dopamina. Tomamos tanta cocaína que

el cerebro deja de producirla, entonces tenemos que tomar más cocaína, que estimula la producción de dopamina. Digamos que, para empezar, no existen pruebas sólidas de que el agotamiento de la dopamina cause ansiedad y deseo de cocaína en las personas.

Decido recurrir a un conservador, antiguo ayudante y zar de la droga, un hombre de Yale, Herb Kleber.

—Claro que existen pruebas —me dice—. ¿Ha visto los estudios de escáneres PET? Sin lugar a dudas, se produce agotamiento de la dopamina en el cerebro del consumidor de cocaína, y esa carencia se asocia fuertemente con el aumento del ansiedad.

¿Sí? ¿No? ¿Quizás? Es posible que en ninguna parcela de la psicología nos encontremos con respuestas tan opuestas como en los estudios sobre drogas, donde la política y la ciencia no se informan mutuamente sino que se influyen.

—Verá —dice Joe Dumit, profesor de psicología del MIT—, los estudios de escáneres PET pueden ser poco fidedignos. Es fácil crear imágenes que parezca que ilustran un gran cambio, pero esas imágenes pueden ser engañosas. ¿Quién sabe?

Dumit suspira. Pasarse el día estudiando el cerebro puede parecer duro. Es hacer infinita e inútilmente el ejercicio de utilizar el yo para ver más allá del yo. Más vale tomarse un vaso de vino.

Alexander necesitaba pruebas. Vivía en Vancouver, una ciudad muy bonita situada al lado del mar. Observó las ratas yonquis de otros científicos. A algunas se les habían insertado catéteres en la espalda, afetada y en carne viva, y estaban en jaulas estrechas y sucias. Quizá ahí radique el germen de sus experimentos. Alexander pensó: «Si yo viviera así en una jaula, también me drogaria todo lo que pudiera». Se preguntó qué sucedería si las cambiara de caja o, por decirlo de otro modo, alterase las

limitaciones culturales. ¿El hecho inevitable de la drogadicción seguiría inalterable en un entorno más agradable? Sonrió al plantearse. Tiene una sonrisa increíblemente dulce, se le forman hoyuelos en ambos lados de la cara y una hendidura en la barbilla como si un ser extraño le hubiese rozado cuando estaba en el útero. Sonrió y pensó: «Parque de ratas», y empezó a construirlo.

En vez de una jaula pequeña, sin espacio apenas, Alexander y sus compañeros de investigación, Robert Coombs y Patricia Hadaway, construyeron una colonia de viviendas de veinte metros cuadrados para sus ratas Wister de laboratorio. Caldearon el espacio convenientemente y lo regaron de deliciosas virutas de cedro y toda clase de pelotas de colores intensos, ruedas y latas. Puesto que iba a ser una colonia mixta, destinaron mucho espacio al apareamiento, rincones para el parto, lugares para que los dentados machos deambularan a gusto y nidos cálidos para las hembras en época de cría. Después, Alexander, Coombs y Hadaway pintaron las paredes de ese Ritz Carlton de las ratas en vivos verdes y azafranes. Pintaron árboles caducifolios, montañas con carreteras tachonadas de árboles minúsculos, arroyos que corrían sobre piedras lisas... No les preocupó la fidelidad al realismo al pintar el ambiente de fondo. La selva daba paso a los árboles de hoja perenne, la nieve se fundía con la arena.

Alexander, Coombs y Hadaway idearon algunas condiciones diferentes para el experimento con las ratas. Una recibió el nombre de «seducción». Esa condición se basaba en el hecho de que las ratas son golosas y raramente, en el mejor de los casos, se resisten a un dulce. Teniendo en cuenta la «seducción», los investigadores pusieron a dieciséis ratas en el selecto parque y a otras dieciséis en las jaulas típicas de laboratorio, con muy poco espacio vital y aislamiento extremo. Como la morfina sola es amarga y a las ratas no les gusta nada lo amar-

go, los investigadores dieron a ambos grupos de ratas un chorro de morfina disuelto en agua espolvoreada de sacarosa, con muy poca cantidad de sacarosa al principio, que fueron aumentando día a día hasta que el brebaje era un verdadero daiquiri deliciosamente dulce que suministraba los opiáceos supuestamente irresistibles en un líquido irresistible. También administraron a ambos grupos agua normal del grifo, que debía de parecer muy gris y ligera al lado de los frascos brillantes y bien condimentados.

Y lo que averiguaron fue lo siguiente: a las ratas de las jaulas aisladas y estrechas les encantó el agua aliñada con morfina desde el primer momento, cuando era muy poco dulce; la sorbían ruidosamente y me imagino que se caerían redondas al suelo con sus rosados ojoslos traspuestos y moviendo lentamente en el aire etéreo sus minúsculos pies arrugados. Sin embargo, los residentes del parque se resistían a beber la solución narcótica por más dulce que se la preparasen. Aunque alguna vez la bebieran (las hembras más que los machos), preferían sistemáticamente el H_2O a palo seco, y cuando compararon los dos grupos, las ratas aisladas bebían hasta dieciséis veces más que las residentes del parque, un hallazgo de importancia estadística a todas luces. Es muy interesante el hecho de que, cuando añadieron naloxona al agua con morfina del parque, las ratas invirtieron la aversión al agua con narcótico y la bebieron. La naloxona es una sustancia que contrarresta los efectos de los opiáceos pero respeta el sabor dulce de la solución. Lo que quizá ilustre mejor ese descubrimiento, bastante asombroso por otra parte, es que las ratas, cuando están en un entorno «favorable», evitan todo lo que pueda interferir en su comportamiento social normal, incluida la heroína. A las ratas les gustaba el agua edulcorada siempre y cuando *no* las colocara. En realidad, los opiáceos son claramente indeseables, al menos en el caso de los roedores en situación favorable, lo cual dice

mucho en contra de la idea que tenemos de que dichas sustancias son inherentemente seductoras.

Creemos que estos resultados son social y estadísticamente significativos. Si las ratas, en un ambiente razonablemente normal, se resisten a las drogas opiáceas, la idea de la «afinidad natural» es errónea, una extrapolación no válida de los resultados obtenidos con animales aislados.

Estos descubrimientos son compatibles con la nueva interpretación «paliativa» de la adicción humana a los narcóticos si tenemos en cuenta que las ratas son por naturaleza animales extremadamente gregarios, activos y curiosos. El confinamiento en solitario produce un trastorno psíquico extraordinario en el ser humano; es posible que resulte igualmente estresante en otras especies sociales y que, por lo tanto, fuerce formas extremas de conducta paliativa, como recurrir a anestésicos y tranquilizantes potentes, la morfina en este caso.

También puede ser que las ratas que viven en sociedad se resistan a la morfina por sus potentes efectos anestésicos y tranquilizantes. Como tal, interfiere en la habilidad de la rata (o de la persona) para jugar, comer, aparearse y emprender otras conductas que hacen la vida gratificante.

El experimento de la seducción demostró que, en realidad, no hay nada inherente e inexorablemente atractivo en los opiáceos, y así se alzó como auténtico contraargumento de la mentalidad de la moderación que tanta prominencia ganó en este país cuando entró en vigor la Ley Seca, mentalidad que, de una forma u otra, tanto ha influido e influye en los estudios sobre la adicción. En 1873, un periodista que observaba una concentración por la moderación escribió: «Después, las señoras, secundadas por los espectadores, entonaron el *Praise God from Whom All Blessings Flow* [Alabemos al Señor que nos colma

de bendiciones] mientras los licores rodaban por la calle. Alrededor, algunas mujeres lloraban, unas pocas alternaban el canto con respuestas a las expresiones de agradecimiento». Podemos considerar esta cita como el combustible apenas visible que alimenta el trabajo de Olds y Milner, de las guerras actuales contra la droga y los científicos que las apoyan y de los negativistas como Alexander, que se las han ingeniado para refutar una superstición tan arraigada que ni siquiera nos damos cuenta de que la mantenemos.

Con todo, el experimento no estaba completo. Alexander Coombs y Hadaway lograron demostrar que las ratas son capaces de resistirse hasta a la droga mejor presentada que se les ofrezca si ha de interferir con la alternativa de aprovechar las situaciones gratificantes a las que tienen acceso. Con todo, el equipo de investigadores se planteaba otra pregunta, relacionada ahora con la adicción ya establecida. Habían intentado en vano crear la adicción entre las ratas acomodadas del parque. Sin embargo, la oposición podría objetar fácilmente: «Bien, proporcionemos a una rata el equipamiento del *Nautilus* y sexo las veinticuatro horas del día, y seguro que no se droga. Pero en la vida real, las personas son mucho más vulnerables y pueden recurrir a la droga en un momento malo de su vida; después, una vez que han empezado con una adicción, ya no pueden dejarla. Dejarlo es tan doloroso que garantiza por sí solo la continuación». Así pues, para poner a prueba esa teoría, los investigadores se hicieron con otros dos grupos de ratas, dejaron a uno en las jaulas y al otro lo trasladaron al parque. A lo largo de los cincuenta y siete días siguientes, período más que suficiente en el caso de la heroína, convirtieron en yonquis a todas y cada una de las ratas dándoles solamente agua con morfina para beber y ningún otro líquido. «Período más que suficiente —escribe Alexander— para desarrollar tolerancia y dependencia física.»

Después, empezaron a dar a ambos grupos agua pura y agua con morfina. Como era previsible, el grupo de las jaulas siguió consumiendo la morfina; el grupo del parque, a pesar de ser ya adicto, dejó de acudir regularmente a la solución de morfina, con lo que el consumo de la droga disminuyó a pesar del síndrome de abstinencia. Esto implica que la adicción establecida no es irreversible. Como destaca Stanton Peele, investigador de drogas, todo el mundo parece estar de acuerdo en que la nicotina es más adictiva aún que la heroína, y sin embargo, el noventa por ciento de las personas que empiezan a fumar lo dejan por iniciativa propia sin «programas», «patrocinadores» ni «apoyo profesional». Pero... ¿y el síndrome de abstinencia? Alexander indica que es posible que el síndrome no sea tan fuerte como se piensa. «Las ratas del parque manifestaron algunos síntomas menores que podrían considerarse síndrome de abstinencia, como temblores y esas cosas, pero no las míticas convulsiones y sudores de los que oímos hablar con frecuencia.» Bien, quizá las ratas no, pero los seres humanos sí, desde luego, porque lo he visto con mis propios ojos. Y Alexander replica: «La inmensa mayoría de los heroínómanos que pasan por el síndrome de abstinencia sufren una especie de resfriado. Eso es todo». Su argumento es el que le han proporcionado los descubrimientos en el parque de ratas: aunque el síndrome sea real, no es necesariamente tan intenso como lo describen nuestros medios de comunicación, que viene a ser una especie de gripe descomunal con profundos dolores viscerales. Y, lo que es más importante, el síndrome de abstinencia no condena al consumidor a reincidir, si las ratas pueden servir de ejemplo. Alexander dice: «Creo que el síndrome de abstinencia se exagera sistemáticamente, como las mismas drogas; es el cuento que hemos oído sobre las drogas y seguimos contándonoslo; es el paradigma según el cual los drogadictos interpretan como dolor insoportable lo que, en realidad, no es

más que incomodidad. La verdad es que las ratas no parecían presas de dolores insufribles. Tampoco los veteranos del Vietnam, ni tantas otras personas que se drogan, pasan el período de abstinencia y no reinciden».

La investigación de Alexander indica que la adicción depende en realidad del libre albedrío. Las ratas y los seres humanos prueban la pipa proverbial y después la dejan sin problema. Y cuando no la dejan no es porque la sustancia sea inherentemente irresistible, sino porque el conjunto concreto de circunstancias en las que se encuentra el mamífero no ofrece mejor alternativa que ese picoteo destructivo. En el mundo de Alexander, la adicción es una estrategia de estilo de vida que, como todas las estrategias humanas, puede educarse, reorientarse y aprovecharse. Es una elección.

Alexander recuerda claramente el parque de ratas, aunque ahora tiene sesenta y dos años y hace más de veinticinco que llevó a cabo los experimentos. Recuerda cómo las convertía en adictas y se retiraba a observar esperando el desarrollo de los acontecimientos.

—Habíamos de ello constantemente, en la mesa, los fines de semana... Mis hijos fueron a ver a las ratas y recogieron algunos datos. Naturalmente, era muy emocionante ver cómo las ratas ponían en cuestión radicalmente las ideas comunes sobre la adicción. En toda mi vida sólo he tenido una buena idea —dice—, y fue ésta. Y fue buena, ¿quién puede negarlo?

No percibo melancolía en su voz, cuando pronuncia esas palabras, pero sí quizá una leve, levisísima decepción, aunque él lo niega. El caso es que, a pesar de la gran importancia que tienen sus descubrimientos y del oportuno cuestionamiento que nos plantea colectiva e individualmente, nadie le ha prestado mucha atención, ni en su día ni en la actualidad.

—Recogimos los descubrimientos por escrito —dice Alexander—. Queríamos publicarlos en *Science* y en *Nature*. Ahí es

donde tendrían que estar. Pero los rechazaron, varias veces. Fue decepcionante.

Por fin, una revista menos importante pero respetada, *Pharmacology, Biochemistry, and Behavior*, publicó los descubrimientos del parque de ratas.

—Es una buena revista —dice Alexander—, goza de toda la credibilidad que se pueda desear, pero no es tan conocida. Es de..., es de farmacología.

La carrera profesional de Alexander, con su sesgo psicosocial, no salió de la modestia, mientras que los paradigmas biológicos se situaban en primer plano marginando, en la misma época, varios experimentos científicos más. En la década de 1960, un investigador de Stanford llamado Avram Goldstein descubrió los opiáceos naturales del cuerpo —endorfinas— y conjeturó que los heroinómanos sufrían deficiencia de esa sustancia endógena. Según su hipótesis, la inyección de endorfinas eliminaría el deseo de consumir en los casos de adicción; la estrategia falló por completo, pero dio lo mismo. Tuvo buena prensa porque era una explicación basada en la biología, en una cultura que sencillamente prefería esa clase de modelos justificativos: modelos de moléculas, modelos que renuncian o pasan por alto cuestiones a las que Alexander concedía máxima importancia, como la raza, la clase social, los matices circunstanciales de esta vida nuestra compuesta de tantos estratos.

A veces, Alexander se enfurece. Acusa al estamento biomédico de eliminar, con fines políticos, importante información científica sobre las complicaciones de la drogadicción. Al fin y al cabo, si los descubrimientos del parque de ratas recibieran la atención que merecen, tendríamos que limpiar las viviendas sociales y los barrios deteriorados del centro de nuestras ciudades y cambiar la política, y destinar más fondos a educación y

menos a medicación. Con todo, los críticos de Alexander lo acusan de distorsionar la información con la esperanza de avivar la polémica, con él en el centro como estrella. Así opina Kleber; el zar de la droga, orgulloso de su educación de Yale y que desdeña toda investigación que se haga «al norte del río Connecticut». Según la brújula de la Ivy League de Kleber, el parque de ratas se llevó a cabo en el equivalente académico de la tundra, y quizá por eso, el zar de la droga dice:

—La primera vez que tuve noticia de ese experimento de Vancouver, me pareció ingenioso. Ahora creo que tiene toda clase de fallos metodológicos.

—¿Como cuáles? —le pregunto.

—No me acuerdo —responde.

—Alexander dice que usted dice que la adicción es inevitable, que estar expuesto a la droga lleva a la adicción.

—¡Es ridículo! —exclama Kleber—. Yo no he dicho eso, y además no lo creo.

—Si no lo cree —digo—, ¿por qué no está a favor de la legalización?

—La cafeína —replica—. ¿Cuántos adictos a la cafeína hay en este país?

—Muchos —digo.

—Unos veinticinco millones aproximadamente —replica—, ¿y cuántos adictos a la nicotina? Unos cincuenta y cinco millones, ¿y cuántos a la heroína? Dos millones. A mayor número de personas expuestas a una droga, mayor número de adictos. La nicotina está al alcance de cualquiera, por eso abundan los adictos. Si la heroína fuera tan asequible, el número de adictos crecería muy peligrosamente.

Y, sin embargo, Alexander sostiene que los niveles de adicción se mantenían estables en el uno por ciento antes de la moderación. También argumenta que decir que la facilidad para acceder a una droga lleva a la adicción es lo mismo que

decir que la comida lleva a la obesidad, lo cual no es cierto en la inmensa mayoría de casos.

—Bien —continúa Kleber—, ¿cuánto tiempo le costaría hacerse con una jarra de cerveza?

—Un minuto —digo, pensando en las botellas verdes que ponemos a enfriar en la nevera.

—¿Y cuánto tiempo le costaría hacerse con un cigarrillo? —me pregunta.

—Veinte minutos —respondo imaginándome la tienda más cercana, a varias manzanas de distancia.

—Bien, ¿y cuánto tardaría...? —pregunta bajando la voz—, ¿cuánto tardaría en encontrar cocaína?

Menos mal que la conversación es telefónica porque me pongo como un tomate y noto que los ojos se me disparan. La cuestión es que podría encontrar cocaína o su equivalente químico en tres segundos justos, además de varias plantas alucinógenas que mi marido, amante de la química, ha encontrado anunciadas en Internet. Somos una familia de farmacófilos.

—¿Cuánto tardaría? —repite y, o es mi imaginación o la voz del zar de la droga tiene un matiz amenazador, como si sospechara algo.

—Mucho tiempo —digo apresuradamente—, horas o semanas.

—¿Lo ve usted? —remacha—. Cuanto más a mano está, mayor es la exposición, y la exposición aumenta la adicción.

Sin embargo, ahí estoy yo, tan expuesta como es posible; tenemos a mano té de amapola, moléculas mágicas, recetas de hidromorfona, polvos blancos, pero nada de todo eso me interesa. A veces me he preguntado por qué no siento deseos de probar la abundancia de drogas que alteran la percepción de que dispongo, mientras que mi marido, que tiene dolores crónicos, las toma. A veces me preocupa mi marido, que con cierta frecuencia se sienta a tomar un té con dos comprimidos

de hidromorfo y va sorbiendo hasta que las pupilas se le reducen a dos puntitos. Le he dicho: «Vas a engancharte, si no te has enganchado ya», y él me ha contestado, siendo como es una rata de parque: «Tú sabes cuál es la VERDADERA investigación, Lauren, yo estoy en la colonia, no en la jaula».

A todo esto, los verdaderos adictos existen y les importan un comino las teorías ni las medidas políticas porque, sencillamente, ellos lo sufren en carne propia y necesitan alivio. Por ejemplo, Emma Lowry, cuyo cuerpo narra un relato difícil de pasar por alto. Aunque ella, como mi marido, viva en el equivalente humano al parque de ratas, parece que le es imposible soltarse del suave balanceo de sus medicamentos. Cada vez que intenta rebajar las dosis le suceden «cosas horribles. Tengo espasmos en el estómago». Cuando vuelvo a visitarla, está desesperada. «Nadie me advirtió que esto fuera TAN peligroso», dice. Ha empezado a utilizar un *cutter* para cortar porciones minúsculas de las pastillas, cada vez que se las toma, e ir reduciendo así la dosis poco a poco —un punto en lenta disminución— con la esperanza de librarse de la dependencia. *The New York Times Magazine* publica en portada la palabra «OXYCONTIN» y todas las farmacias se apresuran a exhibir carteles de «No se despacha Oxycontin» con la esperanza de desviar posibles asaltos.

No es difícil encontrar pruebas que contradigan las conclusiones del parque de ratas. En las clases acomodadas, que tienen cubiertas todas las necesidades, abundan los casos de drogadicción, y existen pruebas convincentes de las importantes alteraciones que afectan al cerebro cuando la exposición a los opiáceos o a la cocaína es sistemática, alteraciones que anulan el libre albedrío con toda facilidad. Naturalmente, Alexander tiene respuesta para estas objeciones: los ricos están tan consueñidos por los conflictos sociales como cualquiera; los escáneres PET de trastornos cerebrales sólo demuestran correla-

ción, no causa. Se pueden escuchar los contraargumentos de Alexander a las críticas, pero eso no disipa en absoluto la innegable realidad de que, a pesar de lo que demostró en su día en su maravilloso país de roedores, el experimento ha influido muy poco en la visión colectiva que tenemos de las sustancias y, por tanto, hasta cierto punto, en la forma en que las vivimos. Así pues, ¿cuál es la importancia del experimento? Kleber dice: «El experimento no es importante». El propio Alexander dice: «El parque de ratas no es famoso. ¿Por qué quiere incluirlo? Cuenta con un pequeño grupo de seguidores, pero nada más». Ciertamente, puede que el parque de ratas no sea importante, tampoco lo es *Winesburg, Ohio*, de Sherwood Anderson, ni el ensayo de Richard Seltzer «Lessons of a Knife» [Lecciones de un cuchillo]. Con todo, esas obras son pequeñas gemas que despiertan ecos sutiles pero intensos. Y lo que es más, se convirtieron en el modelo no reconocido de una literatura mucho más famosa; con las ratas de Alexander sucede otro tanto. Sus experimentos son responsables en parte de la famosa encuesta, ya citada en este capítulo, que demuestra cuán improbable es la drogadicción entre la población humana. Sus experimentos han dado lugar, en parte, a intensos estudios de pacientes de cáncer tratados con morfina, y la fascinante investigación que se está llevando a cabo ahora sobre las diferencias biopsicosociales entre el uso de la morfina para combatir el dolor, que raramente desemboca en adicción (excluida Emma, naturalmente), y su uso por el placer, que supuestamente crea problemas con mayor frecuencia. Y, sobre todo, sus experimentos son en parte los responsables de una interesante línea de trabajo que estudió los efectos ambientales en la psicología humana. En 1996, según una investigación hecha en Irán, las mujeres que vivían en unidades unifamiliares eran porcentualmente mucho más fértiles que las que vivían en unidades multifamiliares, es decir, que la fertilidad descende cuanto mayor

es el número de personas que conviven. Según otros estudios realizados en cárceles, a mayor densidad de población, mayor número de suicidios, homicidios y enfermedades. Según los experimentos, el ser humano resuelve peor los problemas en situaciones de poco espacio que sus homólogos en entornos más holgados.

La tibia acogida que sin duda tuvo el parque de ratas quizá decepcionara a Alexander, pero no por mucho tiempo. Al contrario que Harlow, su maestro, Alexander no parece inclinado a la depresión ni a la drogadicción, aunque dice unas cuantas veces que en el amor ha tenido mala suerte. Esa falta de suerte, sin embargo, no parece haber interferido en el desarrollo de sus animadas exploraciones de las cuestiones que nos ocupan. El parque de ratas quedó como un libro más del montón, pero él siguió pensando, planeando, participando. Fue miembro de la junta del Portland Hotel, una institución del centro de Vancouver donde adictos con el virus del sida podían obtener agujas limpias, una habitación caliente y un lugar donde morir dignamente. Estudió los viejos fumaderos chinos de opio, cuyas pringosas paredes se cubrían de una fina capa de polvo blanquecino. Empezó a leer a Platón, «el primer psicólogo», en la época en que la Simon Fraser University le retiró la subvención amparándose en el fracaso publicitario del parque de ratas. Más tarde, la universidad, en colaboración con defensores de los derechos de los animales, que denunciaron el sistema de ventilación del laboratorio de ratas, lo cerró definitivamente, para volver a abrirlo meses después como servicio de consulta para los estudiantes... sin renovar el sistema de ventilación. «Para las ratas no valía —comenta Alexander—, pero para los seres humanos sí.»

De todos modos, habla sin amargura. Sin laboratorio y sin ratas, Alexander se dedicó a la historia y reencauzó su interés

por las portillas del pasado en busca de culturas extintas que pudieran aportar más claves sobre la casuística de la drogadicción. Quería descubrir si había habido épocas en la historia humana en las que la drogadicción fuera prácticamente inexistente: los indios canadienses, por ejemplo, antes de la integración, tenían un índice de adicción insignificante, igual que nuestros hermanos británicos antes de los tumultos de la Revolución Industrial, o cuando nos dedicábamos al ganado y al agro, vivíamos de la tierra y observábamos la luna, ese globo medicinal del cielo. Alexander descubrió que los índices de adicción parecen aumentar no con la disponibilidad de la droga, sino en la medida en que se generaliza la dislocación del ser humano, como consecuencia inevitable de la sociedad de libre mercado. He aquí su teoría: la sociedad de libre mercado trata a los individuos que la forman como productos que hay que eliminar, reubicar o transformar según las necesidades económicas. «A finales del siglo XX, los puestos de trabajo desaparecen tanto para los ricos como para los pobres casi sin previo aviso, las comunidades se debilitan y se vuelven inestables, se hace normal cambiar de familia, de trabajo, de habilidades técnicas, de idioma, de nacionalidad, de programas informáticos y de ideología en el transcurso de la vida. Los precios y los salarios son tan inestables como la vida social. Se pone en tela de juicio incluso la continuación de la viabilidad de sistemas económicos cruciales. Tanto entre los ricos como entre los pobres, la dislocación hace estragos en la delicada interrelación de las personas, la sociedad, el mundo físico y los valores espirituales que sustentan la integración psicosocial.» Según Alexander, privados de esas cuestiones necesarias, nosotros, igual que las ratas de las jaulas, buscamos sustitutos, pero no porque los sustitutos sean atractivos por sí mismos, sino por deficiencia de las circunstancias: nosotros sin nuestros dioses.

Así pues, en fin de cuentas, Alexander el renegado es en realidad un tradicionalista destenido. Tras años de investigación radical, ha llegado a la siguiente conclusión conservadora: lo importante son los vínculos que nos unen, como el amor, el afecto y el ritmo diario que ellos imprimen... familia, amistad, una parcelita donde trabajar. Pasa los fines de semana en su pequeña granja isleña escribiendo en las primeras horas de la mañana, estructurando una vida sencilla. Quizá es aquí donde su oponente Kleber y él se encuentran. Alexander cree que las circunstancias difíciles conducen a la adicción; Kleber cree que es el contacto con determinadas propiedades farmacológicas. Pero, a fin de cuentas, lo que estos dos científicos piden es muy semejante: que el entramado de la estructura social sea bello y significativo, que la familia sustituya a la pandilla, que la tradición tome las riendas de esta cultura echada a perder. Kleber escribe: «Nuestra política debería plantearse la reducción a fenómeno marginal del consumo de drogas y la adicción [...]». En el mejor de los casos, los Estados Unidos se esfuerzan por dar a todos sus ciudadanos la oportunidad de desarrollar su potencial». Y Alexander dice: «Cuando transmitimos a nuestros hijos una herencia y unas convicciones que dan forma a la cultura, reducimos las posibilidades de la psicopatología». Al final, es cuestión de dignidad, y ambos creen en ella.

Cuánto me gustaría encontrar un final contundente, pero en el estudio de sustancias contundentes, todo concluye en algo tan ondulante como el sueño opiáceo. Según los «descubrimientos», Emma Lowry, que tomó opiáceos para el dolor y no por placer, no tendría que ser adicta, pero lo es. Según los «descubrimientos», mi marido, que está en contacto con drogas sistemáticamente, tendría que ser adicto, pero no lo es. Kleber afirma que el porcentaje de adicción aumenta en proporción al contacto, y sus cifras lo demuestran; Alexander dice que si eso fuera

cierto, las culturas que cultivan amapolas tendrían que ser culturas de adicción, y no lo son. Quién sabe cuáles son los hechos.

Finalmente, pues, decido comprobarlo en directo. Tamaño de la muestra: uno. Hipótesis: ninguna. No sé a ciencia cierta si estoy en una jaula o en una colonia. La casa es grande, vivo bien, mis interacciones humanas son productivas y robustas, pero soy una mujer del libre mercado, tan dislocada como cualquiera en este nuevo milenio, sin religión, sin familia en sentido amplio, sin dios. Procedimiento: me tomo los comprimidos de hidromorfona de mi marido. Decido tomarlos durante cincuenta y siete días, como las ratas de Alexander, y ya veremos qué sucede cuando quiera dejarlo.

Me tomo dos. Me tomo tres. Como era de esperar, me coloco. Estoy contenta. El aire parece de seda y, cuando veo una gaviota en el aparcamiento Target, me parece el ave más bella del mundo, blanca como el azúcar y con alas.

Pasan tres días. Cuatro. Me encuentro bien. Paso semanas tomando el opiáceo con regularidad por la noche, contemplando la luna y pensando que todo es tonto y tierno. Por el día, me observo. ¿Deseo que llegue la hora de mi elixir nocturno? ¿Lo ANSÍO? Estoy pendiente de síntomas de ansia como al principio del embarazo estaba pendiente de calambres que pudieran anunciar un aborto: huy, ahí hay algo, ay Dios, está pasando... ¿lo he sentido? ¿Era una contracción? Pero no he sangrado, y ahora tampoco. Empieza a dolerme el estómago. A mí la morfina me parece un postre difícil, desagradable de comer, divertido de digerir pero común y corriente. Al final, preferiría cenar con una amiga que ponerme sentimental con una gaviota. Al cabo de catorce días, lo dejo de pronto y la nariz se me pone un poco colorada y mucosa, pero quién sabe, mi niña tiene la gripe.

Lo que este pequeño experimento me demuestra es (elijase una opción):

- a) En realidad, la morfina no es inherentemente adictiva, y los substratos psicológicos del síndrome de abstinencia se exageran.
- b) Como diría Kleber, carezco del gen deficiente que aumentaría mi vulnerabilidad a la adicción.
- c) En realidad, en ningún momento he corrido riesgo porque no me inyecté, lo cual me habría colocado mucho más y el haz prosencefálico medial habría recibido un estímulo más intenso.
- d) Vivo en una colonia, no en una jaula.
- e) Nadie lo sabe.

Podemos elegir cualquiera. Yo no sé cuál elegir. Ahora estoy cansada. Mis centros corticales del placer me van a alejar de esta tarea interpretativa mucho antes de que pueda aproximarme siquiera un poco a la comprensión de todo esto. Me reclamará la vida normal, en la que mi marido a veces necesita analgésicos, en la que hay goteras en el ala izquierda de mi casa pero la derecha es caliente y acogedora, en la que mi hija gatea, en la que nieva en el exterior formando una celosía: mi mundo, imperfecto pero suficientemente bueno desde donde estoy ahora, apartada de él, con Kleber aquí, Alexander allí y yo, en el medio del laberinto.

Finalmente, quiero ir a ver el parque de ratas con mis propios ojos. Quiero tumbarme allí y percibir el espacio, el olor penetrante de las virutas de cedro, crujientes entre los dedos. Me gustaría sentir que estoy en un país, en un tiempo, tan sincero como el de los indios antes de la integración, en un lugar que quizá lleve el sello de mis manos, que crezca porque lo cuido, en el que las mazorcas rompan la vaina. Y voy allí. Alexander ha conservado las paredes de madera contrachapada, el telón de fondo del parque de ratas, donde las coníferas acarician la

barriga de un cielo perfecto. Aquí hay nubes blancas con reflejos rosa y un río borbotea en su curso al mar, más allá del telón de fondo. Imaginemos que vivimos en un lugar así, o su equivalente humano, una especie de California eterna sin fallas tectónicas, donde las reservas de alimento nunca escasean, donde no hay depredadores, donde siempre huele a los rines secretos del baúl de madera de la abuela. Alexander dice que el parque de ratas es un entorno normal. Dice: «Creemos que el entorno normal es el que vive nuestra colonia permite a las ratas desarrollar suficientes conductas gratificantes específicas de la especie para que la morfina sea irrelevante». Pero al ver lo que se ha conservado del experimento, el contrachapado pintado, cuando se considera la abundancia de alimento, el equipo disponible para hacer ejercicio o el río con sus vetas afelpadas de plata, lo que a uno le inspira no es «entorno normal». Lo que a uno le inspira es «entorno perfecto», y estoy segura de que en el mundo en que vivimos, fuera del laboratorio, no existen los entornos perfectos. Ése podría ser uno de los mayores fallos metodológicos de Alexander. Creó el cielo y descubrió —no es de extrañar— que somos muy felices en él. Pero ¿dónde está el cielo en la tierra? ¿El parque de ratas refleja en verdad la «vida real», una vida posible, o únicamente confirma que la adicción sólo puede evitarse en un mundo puramente mítico, que no es, jamás ha sido, ni será el mundo humano, nuestro mundo, con nuestros genes marcados y nuestros edificios?

Al final, Alexander, el desafortunado en el amor, el que se casó y se divorció dos veces, el hombre que acaba de iniciar una nueva vida con su tercera esposa, a los sesenta y pico años, al final, ese hombre es un romántico. Cree que el parque de ratas es posible en nuestro mundo, que podemos construir una cultura basada en un amable dar y recibir. Quién sabe, quizá tenga razón. La visión romántica del mundo, según la

cual tenemos capacidad para hacer realidad nuestro potente yo si se nos da la ocasión, es una postura tan atractiva y convincente como su opuesta, la visión clásica, la mía, arraigada en el escepticismo e incluso en el cinismo: la vida es dura; allá donde se mire algo falta, cualquier colonia en la que se entre es en realidad una jaula y, forzando la vista lo suficiente, se ven incluso los barrotes alrededor del cuerpo. Ésa es mi visión, pero no puedo ni, desde luego, quiero demostrarlo.

De vuelta a casa, me llama Emma Lowry por teléfono y me cuenta que por fin ha «dejado» la «maldita droga». Dice que jamás volverá a tomar analgésicos. Sé que, si llamo a Alexander y le cuento el caso de Emma, empezará a fanfarronear y delirar. Me razonará de mil formas inteligentes por qué ese caso no contradice sus datos: quizá Emma estaba todavía en la jaula del dolor y no quería reconocerlo, quizá su hogar feliz estaba en realidad un tanto mermado por una depresión no reconocida, quizá su marido nunca le haya prestado tanto apoyo como creía, quizá trabaje en exceso. Me diría lo mismo que ha dicho ya tantas veces: «Lauren, no he conocido jamás a una sola persona, jamás en treinta años de investigación, que pusiera de los debidos recursos internos y externos y que fuera adicta. Jamás. Enséñeme a una y tiraré todas mis convicciones por la ventana».

No voy a llamar a Alexander para contarle lo de Emma. Tampoco voy a llamar a Kleber para contarle que mi marido, que está en contacto con las sustancias, inmerso en ellas, parece no haberse creado problemas importantes de drogadicción. No quiero oír las inevitables diatribas que surgen de ambos lados de la cuestión. Es posible que la verdadera guerra contra las drogas no exista en las calles, sino en las academias, donde los científicos silban y buscan compulsivamente, ebrios, bajo el efecto de las preguntas cuya respuesta buscan. Y para terminar,

¿cuáles son esas preguntas? ¿Qué defiende en el fondo el debate en torno a la adicción? A sí mismo no, eso está claro; parecer, la adicción, en esencia, es cuestión de química: interacción con el libre albedrío, de responsabilidad e interacción con compulsión, de carencias y capacidad o incapacidad para compensarlas creativamente.

Subo a mi estudio. Es de noche y la lamparita pintada al lado de la mesa brilla e impregna las sombras de tonos cálidos. Estas paredes también son cálidas, con un halo ambarino adornadas con grabados de ciruelas y melocotones que parecen ramas bosquejadas. Me encanta mi estudio. Me encanta que el gato, gordo y peludo, duerma hecho un ovillo en la cesta, gruñendo casi entre ronroneos de placer. El gato me recuerda la nueva adquisición de la casa. Lo trajimos porque hay ratones en muchos ratones, ratones que corretean por debajo de la alfombra del suelo, que se cuelgan de las resistencias de la parrilla de la nevera. Incluso ahora, con el gato en casa, lo chisporroteo en el conducto de la calefacción, basura nueva, sigo, la cabeza pelada, el olor de la leche. Ratones. Los ratones cuando duermo, infiltrados, gimnastas, brincan, nacen y mueren. Hacen agujeros diminutos en las cajas de galletas y de mantequilla. Obtienen las migajas de la comodidad. Ratones. Esperen, sean felices aquí.